



VALORACIÓN DEL SENTIDO DE IDENTIDAD EN EL ESPACIO URBANO- ARQUITECTÓNICO

Eliana Cárdenas

Valoración del sentido de identidad en el espacio urbano-arquitectónico

La preocupación por la identidad latinoamericana ha sido constante en la historia de los pueblos que forman esta entidad histórica y cultural. (...) Preocupación que será más honda y violenta cuando los hombres de esta América reclamen, y alcancen su emancipación política frente al coloniaje impuesto. Preocupación que será, a su vez, la toma de conciencia de una situación cultural original, complicada y propia por lo que respecta a esta América.

Leopoldo Zea, "El problema de la identidad"

Mirarnos desde nosotros mismos

La valoración de los procesos de construcción de la identidad ante la uniformización impuesta por la globalización, es un tema de indudable actualidad. Entre las manifestaciones humanas, el ambiente urbano-arquitectónico constituye un factor básico en relación con el sentido de identidad percibido por las personas. Pero con frecuencia la identidad en la arquitectura y los espacios urbanos se aprecia esquemáticamente, al emplear códigos del pasado, extraídos de su contexto histórico-temporal, actitud enfrentada a la copia mimética de modelos de los centros metropolitanos, como a

la valoración dialéctica de los procesos de construcción de la identidad y de la percepción de su sentido en el espacio físico, a partir de la articulación de los significados como memoria histórica de la sociedad y la posibilidad de cada generación para aportar en su momento elementos significativos. En este contexto, dilucidar cuál es la arquitectura y la ciudad necesarias para Nuestra América, es uno de los retos a enfrentar en este siglo recién comenzado.

En 1994, alguien se preguntaba si América Latina podía seguir sustentando su carácter de "periferia", arguyendo hechos como el de producir mayor cantidad de literatura que la "madre patria", la precedencia en siete años de la Revolución Mexicana a la Rusa, contar con las ciudades más grandes del mundo, o la presencia exitosa cada vez mayor de arquitectos nacidos acá en Estados Unidos o en otros sitios del Primer Mundo.¹ Pero no somos los latinoamericanos quienes hemos establecido esa diferenciación entre centro y periferia y si bien el complejo de inferioridad que genera el subdesarrollo ha condicionado a algunos a menospreciarse a sí mismos o a sus compatriotas, no fue la propia

1 Loomis, J.: "Other Americas, Other Architecture", Design Book Review, No. 32/33, The MIT Press, Cambridge, MA, 1994.



América Latina la que decidió discriminarse a sí misma.

Los análisis que vienen intensificándose desde hace ya más de tres décadas, encaminados a profundizar en la arquitectura y la ciudad latinoamericanas con una óptica propia, deben continuar en la búsqueda de enfoques críticos más adecuados a sus características, en función de las contingencias que han condicionado su evolución y las actuales, hacia la búsqueda de soluciones válidas, es decir, sustentables, que posibiliten el equilibrio entre tradiciones e innovaciones y enfrentar el futuro con una visión más racional.

El modo en que crece la ciudad y el ordenamiento urbano están íntimamente vinculados al concepto de desarrollo manejado en una sociedad determinada. Diversos sectores del pensamiento social en América Latina han cuestionado la validez de las ideas económicas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, basadas en la posibilidad de alcanzar un desarrollo semejante al del capitalismo en los países centrales de Occidente a partir de un proceso de sustitución de importaciones que ampliaría la capacidad productiva y el mercado interno.² Ello implicó una modernización de las estructuras productivas, con una repercusión evidente en la infraestructura y estructura urbanas. El resultado fue un cambio de imagen en muchas ciudades: se sustituye definitivamente la visión de la “ciudad colonial” por la “moderna”: Ya Carpen-

tier lo apreció en Caracas durante los años cincuenta: “Los latinoamericanos de mi generación conocieron un raro destino (...): nacieron, crecieron, maduraron, en función del concreto armado...”³ Es una ciudad artificial y antisustentable; una imagen reiterada en capitales y urbes importantes: el incremento de las torres, primero hormigón, después cristal espejo, en un proceso de ruptura sistemático con la morfología y tipología del sitio. Buenos Aires, Santiago de Chile, México, Caracas, San Pablo, Río de Janeiro, La Paz, Quito..., han convertido parte de la ciudad en marco de una arquitectura despersonalizada; apenas reflectante de lo que le rodea, pronto solo será espejo de sí misma, y ello se extiende a ciudades intermedias y menores. Pero no se trata únicamente de una ruptura con el contexto preexistente, sino de las implicaciones en gasto energético de edificios millonarios en su concepción, construcción y explotación. Imagen contrapuesta al ambiente descualificado de los cinturones periféricos o de zonas tradicionales, depreciadas por el hacinamiento, el deterioro, el déficit de servicios. Es como un espejismo flotando en aguas de miseria.

Problemas originados en el proceso de conquista y colonización, que además de constituir un genocidio étnico y cultural,⁴ significó la acumulación de capital que daría lugar al **sistema-mundo capitalista** indivisible de la explotación en tierras ame-

2 Es el pensamiento vinculado a la CEPAL: Ver: Cardoso, F.: “La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo”, Revista CEPAL, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 1977.

3 Carpentier, A.: “Conciencia e identidad de América”, en *Razón de ser*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1980. p, pp 1 y 2.

4 Acosta, L.: *Medio milenio: Esclavitud y ecocidio, antropofagia e identidad*, Ed. UNEAC, La Habana, 1993, pp. 12-13.



ricanas. Es una situación impuesta por el desarrollo *primermundista*, a contrapelo de las reales necesidades del territorio y de sus habitantes: Los argumentos aducidos en favor del desarrollo con frecuencia han resultado falacias; solo una fachada que oculta desastres inconfesables. Las contradicciones entre desarrollo y pobreza se agudizan, son producto de políticas sustentadas en intereses egoístas y si alguna vez estuvieron guiadas por la buena fe, esta era incongruente con la realidad.

El pensamiento de vanguardia latinoamericano pone en tela de juicio las ideas clásicas de progreso y desarrollo, reevaluando sus significados, no sólo porque al progreso se le ha despojado de su dimensión cultural⁵ –humana–, en una sociedad regida solo por parámetros cuantitativos –base del orden económico de la globalización–, sino porque al concepto unidimensional del desarrollo corresponde a un enfoque eurocentrista y una modernidad ajena, asociados a discursos que usan las diferencias como jerarquía y la no universalidad de la epistemología derivada de las ciencias sociales “científicamente objetivas”, para desde la óptica *posoccidentalista* plantearse una visión realmente propia.⁶ Ello implica incorporar una diversidad compleja donde la perspectiva de la dualidad par, del tercero incluido,⁷ bastante común en el imagi-

nario de culturas autóctonas americanas, tendría su lugar exacto.

Cabría entonces preguntarse si es posible que frente a la globalización, que sustituye el espacio de los lugares y de las gentes por el espacio de los flujos; por la conversión de las ciudades en puntos nodales de la economía global –estableciéndose una supeditación entre ciudades dependientes-ciudades subordinadas-ciudades globales–;⁸ tengan cabida temas como el de la identidad cultural en el ambiente construido y su relación con la memoria histórica social en tanto factor importante para el ser humano, o soluciones alternativas, basadas en prácticas ancestrales, cuya “alteridad” se manifiesta con más fuerza en el presente, al coexistir con tecnologías avanzadas provenientes del “primer mundo”, consumidas e implantadas (impuestas o mimetizadas) al margen de las condiciones socioeconómicas, ecológicas y culturales predominantes en el contexto, donde las situaciones son contradictorias: a veces, propuestas consideradas válidas basadas en tradiciones locales parecen oponerse a los parámetros de calidad de vida adecuada según patrones occidentales; comunidades indígenas organizadas según estructuras socioeconómicas tradicionales interactúan con instrumentos derivados de la modernidad para divulgar sus

5 Subirats, E.: A cultura como espetáculo, Ed. Nobel, São Paulo, 1998, p. 37.

6 Ver: Schlosberg, J.: La crítica posoccidental y la modernidad, Ed. Abya Yala, Quito, 2004.

7 Núñez, N.: “Currículum transdisciplinario: to be and not to be, avances, dificultades, incertidumbres y complejidades”, Facul-

tad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia, 2002.

8 Ortiz Macedo, E.: “Los efectos de la globalización”. Conferencia en el “III Encuentro Internacional Ciudad para Todos”, Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, La Habana, mayo de 1997.



propios modos de pensar, aprovechando el acceso a Internet.

El ambiente construido de América Latina es complejo y representativo al mismo tiempo de varias culturas: Hoy conviven en espacios yuxtapuestos o superpuestos las poblaciones indígenas, comunidades que justamente protestaron por la celebración del "descubrimiento de América", como si antes su ascendencia no hubiese alcanzado un desarrollo cultural que causó sorpresa a los conquistadores; los habitantes negros o mestizos que han transmitido al resto de la población sus ritmos y prácticas culturales de origen africano; las múltiples razas cuyas costumbres, mantenidas o diluidas en un mestizaje único son parte inconsútil de Nuestra América; los campesinos, sosteniendo una economía agrícola cuyo valor se deprecia por día; las clases trabajadoras y medias, cuyas identidades ven peligrar, en tanto con corren el riesgo de perder sus fuentes de sustento económico; y también los que sienten como suyos los edificios portadores de una imagen de alta tecnología, mimetizada de los centros metropolitanos. La arquitectura y la ciudad participan de esos extremos entre los cuales se debate la "latinoamericanidad".

Canclini, al analizar los problemas a los que se enfrenta la antropología urbana, reseña varios de los conflictos territoriales y urbanos y su paralelo en el orden socioeconómico y cultural: en primer lugar, el hecho de que América Latina "...un setenta por ciento de las personas reside en conglomerados urbanos...", expansión causada en gran medida por la migración de campesinos e indígenas hacia las urbes, donde "...se reproducen y cambian

sus tradiciones, se desenvuelven los intercambios más complejos de la multietnicidad y la multiculturalidad" y una heterogeneidad multitemporal por la superposición de distintas etapas de desarrollo, por la contigüidad de construcciones y modos de organizar el espacio iniciados en distintas etapas históricas, ocurriendo procesos de hibridación, conflictos y transacciones interculturales, que se multiplican precisamente "con la coexistencia de migrantes de zonas diversas del mismo país y de otras sociedades" que "incorporan a las grandes ciudades lenguas, comportamientos y estructuras espaciales surgidos en culturas diferentes." Ello condiciona a su vez el "acercamiento súbito, y a veces violento, entre lo moderno y lo arcaico." Es un crecimiento que en gran parte se ha producido de forma caótica, a partir "de intentos de supervivencia basados en la escasez, la expansión errática, el uso depredador del suelo, el agua y el aire", con la "persistencia de una diseminación generada por el estallido demográfico, la invasión popular o especulativa del suelo, con formas poco democráticas de representación y administración del espacio urbano, débil regulación que aumenta "...la inseguridad y la injusticia." ⁹

Sin dudas, una salida sería valorar la posibilidad de esa mirada desde dentro que propone la crítica posoccidental. Su traslado a la escala urbana implicaría una propuesta hacia la sustentabilidad, propuesta que además no puede estar desvinculada de una visión identitaria, concebida en términos



dialécticos. Por ello, en primer lugar es necesaria la evaluación de las diferentes circunstancias históricas contribuyentes a conformar esos ambientes que se yuxtaponen, interpenetran, contraponen o complementan, las formas de uso que hacen de ellos los diferentes sectores de la población, los significados que le asignan, valorar los factores socioeconómicos, políticos, tecnológicos, culturales que deben integrarse en una propuesta sustentable para la ciudad y la arquitectura, a la vez que constituyen los caminos necesarios para profundizar en el conocimiento de aquellos factores que intervienen en la conformación del sentido de identidad respecto de nuestro ambiente edificado. Asimismo, la definición de un ambiente capaz de reflejar la identidad cultural de un sitio debe considerar el diapasón de alternativas derivadas de las posibilidades económicas, intereses y valores sociales, culturales e ideoestéticos de los grupos que actúan como actores en la conformación de los espacios urbano-arquitectónicos y del diferente tratamiento que estos reciben en función del tema del cual se trate y de sus requerimientos específicos socioculturales, económicos, de representatividad política o social.

El debate en torno a la identidad cultural

En América Latina el debate acerca de la identidad cultural ha tenido una particular repercusión. La reiteración –sobre todo desde la segunda mitad de los ochenta– en la agenda de varios foros regio-

nales del tema de la búsqueda de las raíces propias, hace parecer como si ya se hubiera tornado un lugar común. Sin embargo, a pesar de ejemplos válidos, la generalidad de la práctica arquitectónica actual está muy lejos de asumir esa actitud y en los medios académicos el análisis de los factores que convergerían para la formulación de una arquitectura propia (o apropiada) no está suficientemente consolidado. De otra parte, este tema parece alcanzar dimensiones extraordinarias para los latinoamericanos, tal vez porque no se ha logrado superar por completo el trauma ocasionado por la conquista y colonización, al provocar la ruptura del proceso de desarrollo de las culturas preexistentes. Como diría José Martí, "los conquistadores robaron una página a la historia universal"; y es ese sentido de pérdida y, a la vez, la conciencia de formar parte de un producto nuevo, resultado de múltiples confluencias, mas no siempre expresado a plenitud por la dependencia de valores metropolitanos, lo que incentiva la búsqueda de los factores contentivos de su identidad, o de su unidad o diversidad.

Desde una óptica eurocentrista, la opinión vertida ya hace tiempo por Chueca Goitia es reflejo de otras repetidas al calor de la conmemoración del medio milenio del encuentro entre las culturas americanas y europeas: la idea de la conquista como misión y de ahí el esfuerzo de unidad emprendido por "las Españas"; así "...sobre ese vasto continente (...), se levanta el solemne edificio de una gigantesca unidad por encima y sustentando unas nacionalidades, en general, adventicias, que tiene más aparato administrativo que sustancia propia.

9 García Canclini, N.: "Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica", Vitruvius, mayo 2003.



Al respirar el clima de América (...), la impresión que he sentido, absorbente y arrolladora, ha sido la succión producida por una incontenible fuerza de unidad.¹⁰ Con otra óptica, pero argumentando igualmente la unidad, José Juan Arrom escribió que "Hispanoamérica es, ante todo, una variada geografía en la cual vive y se afana una comunidad de pueblos de insoslayable unidad cultural." Y agrega la idea que formamos una sola comunidad cultural lo tenían tanto los colonizadores como los libertadores, "que iban como San Martín, de la Argentina a Chile, y de Chile a Perú, llamando en sus proclamas a todos los habitantes "mis paisanos"; o como Bolívar, cruzando ríos y escalando sierras para libertar desde Venezuela hasta Bolivia... o como Martí, el último de los libertadores, para quien del río Bravo a la Patagonia somos un solo pueblo'." ¹¹

Briceño Guerrero, al contrario, sustentó que mientras más se busca unidad, más se encuentra heterogeneidad, que penetra destructivamente la conciencia de cada hombre, heterogeneidad que se multiplica e intrinca con la llegada constante y creciente de nuevas influencias irreconciliables y dispersivas. Todo esto se traduce en inquietud e inseguridad, en migraciones internas, en un hervir borbotante de tendencias contradictorias y polivalentes, en movimientos políticos amorfos, en vio-

lencia ciega. Esto si es general, de manera que llegamos a la paradójica comprensión de que la unidad latinoamericana está en su heterogeneidad, en su diversidad irreductible en todos los niveles.¹² Pero muchos de esos factores portadores de heterogeneidad definen niveles de homogeneidad, al constituirse en desequilibrios presentes en todo el territorio. Común es también el mestizaje: El encuentro de culturas iniciado hace medio milenio trajo consigo una amalgama de razas y modos de ser, un proceso de mestizaje aún activo, el cual, además de integrarse a partir de las matrices de las culturas originarias americanas, de las europeas y africanas, incorporaría otras sucesivas culturas e influencias, encontrando síntesis diversas en las diferentes regiones de América Latina, tras los complejos procesos de etnogénesis, aculturación, transculturación, asimilación, adaptación, reinterpretación, transformación y a veces mimesis, de las disímiles influencias, conformando una cultura resultante "...del primer encuentro registrado en la historia entre tres razas que, como tales, no se habían encontrado nunca: la blanca de Europa, la india de América... y la africana...; una simbiosis monumental de tres razas de una importancia extraordinaria por su riqueza y su posibilidad de aportaciones culturales y que habría de crear una civilización enteramente original."¹³ Uno de los

10 Chueca Goitia, F.: "Invariantes en la arquitectura hispanoamericana", Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas No. 7, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, Caracas, abril de 1967, pp. 76-77.

11 Arrom, J.J.: Certidumbre de América, La Habana, 1981, p. 215.

12 Briceño Guerrero, J. M.: "Unidad y diversidad de Latinoamérica", en La idea de América, UNESCO, La Habana, 1977, p. 10.

13 Carpentier, A.: "La cultura de los pueblos que habitan en el mar Caribe", en Anales del Caribe, No.1, La Habana, 1981, p. 20.



aspectos de mayor significación se vincula con las ulteriores consecuencias de esos encuentros socio-culturales. Sin ser este un proceso del todo inédito en la historia de la humanidad, la dimensión de la impronta colonialista en América, condicionó su naturaleza insólita en cuanto a la magnitud de la transculturación, conformándose, como ya se hizo referencia, pueblos diversos de sus fuentes matriciales: los pueblos testimonio, nuevos, o trasplantados, según la denominación de Darcy Ribeiro.¹⁴ Esto hace de América un territorio donde lo real maravilloso se convierte en cotidiano y parece como si ya no asombrara a sus habitantes, inmersos desde siempre en un sincretismo difícil.

Complejo contexto social y racial, donde la dependencia colonial y neocolonial ha impuesto trabas al desarrollo de las sociedades nacidas de tales procesos, marcando las contingencias históricas en las cuales tiene lugar la formación de las nacionalidades y estableciendo las claves de lo que es hoy América. Por ello, aún hoy continúa siendo esencial la búsqueda de una identidad, no sólo cultural, sino en todos los órdenes –más si se consideran las implicaciones del fenómeno de la globalización, cuyos efectos en la destrucción de las formas propias de ser de nuestros pueblos se aprecian cada vez con mayor fuerza–, como un objetivo a alcanzar con urgencia en el ámbito latinoamericano. Ese objetivo, debería mostrarse con fuerza al iniciarse un nuevo milenio, con el entendimiento de la complejidad de los procesos que definirían tal

identidad y de los múltiples cabos a entretejer para sacarla a la luz en un contexto caracterizado por una modernidad importada, supuestamente en retirada y una posmodernidad –también ajena–, frente a serios problemas de supervivencia. Es la necesidad de que se conformen expresiones contentivas de nuestras propias formas de ser dentro de las diversidades que condicionan la multiplicidad de la identidad latinoamericana; además, el carácter abierto de nuestras culturas no permite estar de espaldas a las corrientes mundiales. Sin embargo, lo mejor de nuestras manifestaciones culturales, y entre ellas, la arquitectura, ha sido resultado de la capacidad de reinterpretación creativa, de adecuación al medio y a requerimientos derivados de las formas de ser y de pensar. Por ello es necesario conocer aquellas constantes definitorias de la identidad cultural en términos arquitectónicos y urbanísticos: las esencias pertinentes a un sitio, región, o nación. Pero en nuestros pueblos esas esencias no son exclusivas, sino compartidas por unos y otros; no son estancas, sino susceptibles de modificaciones enriquecedoras.

Los niveles en que se aprecian en este debate atañen esencialmente a si se puede considerar la existencia de una identidad latinoamericana en términos socioeconómicos y culturales, y si es posible apreciar una ciudad y una arquitectura propias. En esa dirección, desde las primeras décadas del siglo XX, varios arquitectos se propusieron buscar una expresión propia, en alternativas que transitan desde la recuperación de elementos ar-

14 Ribeiro, D.: "La cultura", en: Segre, R. et al.: América Latina

en su arquitectura, México, 1975, pp. 13 y sig.



quitectónicos del pasado bajo el dominio de una actitud formalista, hasta la reinterpretación de esencias adecuadas al contexto físico, sociocultural y temporal. Más recientes son los estudios dirigidos a definir los rasgos definitorios a escala urbana. Las características asumidas por el debate en torno a la identidad cultural de la ciudad y arquitectura latinoamericanas hay que rastrearlas por distintas vías pero, sobre todo, a partir de tres problemas fundamentales: Uno, de los análisis acerca del proceso de transformación de la ciudad y la arquitectura en el territorio y la adecuación de nuevos modelos a partir de la conquista y colonización; dos, del sentido de ruptura otorgado a la modernización iniciada en el siglo XIX y como antesala de lo que sucedería en el XX; y tres; de la vinculación entre tradición y contemporaneidad desde la irrupción de los códigos del Movimiento Moderno en América Latina hasta hoy.

Los **procesos de transformación del territorio en América**, los asentamientos poblacionales y la arquitectura, la extensión e intensidad de la actividad fundacional a partir de la conquista y colonización, las formas de ocupación que se produjeron y la estructuración del sistema urbano resultante, a partir de la implantación de modelos que correspondían tanto a la experiencia práctica como al ideal existente en Europa, son fundamentales para comprender los fenómenos actuales: El esquema de urbanización de las colonias europeas en América —específicamente españolas— definido en el transcurso de un siglo, ha marcado prácticamente

hasta hoy el territorio latinoamericano.¹⁵ Los modelos semejantes de ocupación del territorio dislocaron la diversa gama de asentamientos humanos existentes barriendo con las diferencias entre ellos; transformaron radicalmente el concepto de ubicación y el esquema de su distribución en el territorio; el tipo de explotación económica, los modos de relacionarse con la naturaleza; las formas de vida y organización de la población, y la imagen del ambiente construido, al ser sustituidos los modelos que regirían la arquitectura. Pero a la vez, las fases y modos de urbanización —definidas por objetivos económicos y de dominio de la población y del territorio; de establecimiento y consolidación del sistema centralizado y burocrático de la colonización— junto con las características de cada sitio, serán portadoras de diferencias. Fue un proceso generador de ciudades marcadas por su carácter de dependencia en función de esos objetivos, lo que influye en su posterior desenvolvimiento, imprimiéndole rasgos perdurables en muchos casos hasta la actualidad. El afianzamiento de la estructura de control territorial, ya en las primeras décadas del siglo XVII,¹⁶ apoyada ideológicamente por las eclesiásticas de obispados y arzobispados; sería causa de disparidades en la importancia de las ciudades. Tales situaciones constituyen el origen

15 Hardoy, J. E.: "El proceso de urbanización" en: Segre, R. et al.: América Latina en su arquitectura, Ed. Siglo XXI, México, 1975, p. 121.

16 Kubler, G.: "Ciudades y cultura en el período colonial en América Latina", Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas No. 1, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1963.



de la desarticulación del territorio urbano latinoamericano¹⁷ y de los desequilibrios que se mantienen hasta nuestros días: centros urbanos relativamente dispersos dentro de un gran territorio, condicionando una fuerte polaridad ciudad-campo; una fuerte concentración de servicios en algunas ciudades, casi siempre capitales, en detrimento del resto, causa de la macrocefalia urbana actual.¹⁸

En la semejanza de la forma urbana influyen otros factores más, entre ellos el proceso normativo que tiene lugar en el territorio, a partir de las leyes promulgadas por la corona. El resultado es el predominio de la cuadrícula que tiende a ser regular, con manzanas de lotes rectangulares; la plaza fundacional con los edificios representativos del poder político-administrativo y militar, el religioso y los de los vecinos más importantes.¹⁹ También distinguen la mayoría de las ciudades los elementos del sistema defensivo, sobre todo en las ciudades marítimas caribeñas, y las iglesias que aportan la variación del perfil urbano, en una traza de calles estrechas donde se tiende a la compactación, y las viviendas generalmente bajas. A ello se suma la extensión de los modelos arquitectónicos y de ubicación de los edificios principales, marcando la imagen de la ciudad hispanoamericana.

A escala de la arquitectura, los factores condicionantes portadores de desemejanzas fueron el clima o los materiales existentes en el sitio, los procesos económicos y socioculturales específicos; la interpretación de los modelos más cercana a lo académico o a lo popular de acuerdo con la importancia de la ciudad, de los recursos de sus promotores o de circunstancias particulares del sitio. Es conocido el uso de tratados en la arquitectura, particularmente en los sistemas defensivo y religioso, o de proyectos provenientes de la metrópoli. En la vivienda es donde se produce el mayor nivel de adaptación de los modelos a las condiciones del sitio y a las posibilidades de sus constructores, así como la aparición de soluciones sino propias, apropiadas, también en consonancia con las formas de vida que se van desarrollando,²⁰ en variantes de la casa de patio de ascendencia romano-mudéjar, presente en toda iberoamérica.

En esta discusión resulta esencial analizar las interpretaciones acerca del valor de la arquitectura de la etapa colonial: Por un lado, considerada como una "provincialización" o extensión de la arquitectura europea, particularmente ibérica por ciertos autores, como Walter Palm o Chueca Goitia, pero con seguidores latinoamericanos, por ejemplo Gasparini, o quienes se encuentran a medio camino, como es el caso de Buzchiazzo.²¹ Por otra, co-

17 Hardoy, J. E. y C. Aranovich: "Urbanización en América hispana entre 1580 y 1630", Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas No. 11, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, 1969.

18 Castells, M.: Imperialismo y urbanización en América Latina, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1976.

19 Zawisza, L.: "Fundación de las ciudades hispanoamericanas", Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. 13, Facultad de Arquitectura, Caracas, 1972.

20 Segre, R., E. Cárdenas, L. Aruca: Historia de la arquitectura y el urbanismo: América Latina y Cuba, ED. Pueblo y Educación, La Habana, 1984.

21 Ver: Walter Palm, E.: "The Art of the New World after the Spanish Conquest", Diógenes No. 47, 1964 y también la introducción a su: Los monumentos arquitectónicos de La España-



mo expresión de una arquitectura que originada en los modelos hispano-morisca logra una perfecta adecuación al sitio, generando modalidades propias —como considera Prat Puig²²—; o como resultado de un mestizaje producto de los procesos de transculturación y adaptación, que alcanza su máxima expresión en el denominado "barroco americano",²³ apreciando al siglo XIX como un factor de ruptura de una identidad resultado de un lento proceso y que preanuncia la mayor ruptura del siglo XX. Otros autores, por ejemplo, Segre, sin dejar de reconocer la importancia de los valores creados en la arquitectura de la etapa colonial, consideran que también en el siglo XIX se produjeron adaptaciones creativas de los modelos externos a las condiciones y valores socioculturales existentes en el territorio, por lo que pueden encontrarse ejemplos válidos en el neoclasicismo y eclecticismo, cuya difusión en muchas de las ciudades latinoamericanas define la imagen del cambio. Sustentado por los intereses oligárquicos como expresión del poder, o como reflejo de una actitud "libe-

ral" que procura "ponerse al día", también es asimilado por los maestros de obra y se extiende a construcciones más populares.²⁴

El **siglo XIX es importante** al enfocar estos temas, entre otros aspectos, por la influencia en la cultura de las nuevas oligarquías que asumen el poder político luego de la independencia: promueven una imagen de "desarrollo" contrapuesta al "estancamiento" derivado de los siglos de dominación colonial, influyendo en la transformación de la arquitectura y de ciertos ambientes urbanos con la aplicación de nuevos criterios y tecnologías, ocurridos en esa centuria, que según Ramón Gutiérrez, debe considerarse, a la hora de analizar los acontecimientos de la arquitectura latinoamericana, desde 1780 hasta la crisis de 1930;²⁵ La imagen que adquieren muchas ciudades se nutre de influencias francesas, inglesas y también alemanas y finalmente, en algunos rubros, estadounidenses. Pero la implantación de los dictados academicistas en el contexto latinoamericano se inicia ya a fines del siglo XVIII, con antelación a las contiendas independentistas. Los proyectos que llegaban completos de la metrópoli, el incremento de la presencia de arquitectos e ingenieros militares europeos y la formación de las Academias bajo dirección predilectamente francesa, contribuyeron en el siglo XIX, a definir las estructuras arquitectónicas y urbanas promovidas por los grupos gobernantes, exten-

la, Universidad de Santo Domingo, Ciudad Trujillo, 1955; Chueca Goitia, F. Ob. cit.; Gasparini, G.: Ver: "Significado presente de la arquitectura del pasado", en Segre, R. et al.: América Latina...Op. cit., pp. 143-169, así como los materiales sobre el tema publicados por el autor, a finales de la década del sesenta en el Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela, Caracas; Buschiazzi, M.: Historia de la arquitectura colonial en Iberoamérica, La Habana, 1964.

22 Prat Puig, F.: El prebarroco en Cuba: Una escuela criolla de arquitectura morisca, La Habana, 1947.

23 Gutiérrez, R.: Ver: "Historia de una ruptura. La arquitectura latinoamericana vista desde América", Arquitectura y Urbanismo No. 2, La Habana, 1992, pp.9-18.

24 Segre, R.: América Latina, fin de milenio: Raíces y perspectivas de su arquitectura, Ed. Studio Nobel, Sao Paulo, 1991.



diéndose hasta cierta arquitectura popular, con cambios de componentes de fachada –una suerte de "neoclasicización"– de un hábitat que casi siempre mantiene la estructura tradicional, o sufre variaciones debido a varios factores socioeconómicos.

El inicio de lo que sería la primera modernización americana, condicionado por el nuevo contenido de los intereses económicos, al crecer y diversificarse las inversiones extranjeras, se aprecia en el crecimiento acelerado de algunas ciudades: Hacia 1800 la población de América Latina se estimaba en 19 millones de habitantes, en 1850 alrededor de 30 y las ciudades con más de 100 000 habitantes solo eran cuatro; ya en 1900 la población alcanza 63 millones, con más de una docena de ciudades de más de 100 000 habitantes, que albergaban el 6,0% de la población total.²⁶ La movilidad de la población hacia las ciudades después de las luchas independentistas y de la fuerte inmigración europea, son causas fundamentales de ese crecimiento. La disolución de las estructuras coloniales en las ciudades importantes, el cambio de propiedad del suelo y los cambios en su uso que dinamizan la economía urbana, los nuevos ejes y urbanizaciones con una arquitectura a partir las influencias provenientes de Europa, condicionan el surgimiento de la nueva imagen urbana, antecedente de los procesos que tendrán lugar con el advenimiento del nuevo siglo.

25 Gutiérrez, R.: "Historia de una ruptura: La arquitectura latinoamericana vista desde América", *Arquitectura y Urbanismo*, La Habana, No. 2, 1992, p. 15.

La sustitución de la dependencia colonial en la neocolonial tuvo entre sus consecuencias no haber asumido el carácter mestizo de la sociedad latinoamericana.²⁷ La tendencia "indigenista" y de incorporación de algunos "tipos" populares en la literatura, y en pocos casos, en el teatro, la música y la pintura, no maduraría sino en el siglo XX, y durante el XIX no repercute en la arquitectura. Por tal razón, si se niega la historia colonial, los ojos se dirigen a actualizar las influencias europeas y no se vuelven al pasado prehispánico, y si alguna relación hubo con él, provino de la propia academia historicista, al incorporar, con una actitud pintoresquista, elementos ornamentales de las culturas precolombinas como parte de la fiesta eclectista.²⁸

El siglo XIX es pues un momento de tránsito en la evolución de las estructuras ambientales de América Latina, momento en que comienza un sacudimiento de la colonización, pero sin librarse de muchas de sus ataduras, algunas de las cuales se refuerzan por la condición de neocolonia. Así algunos aprecian que el siglo XIX, como momento clave en la cristalización de las nacionalidades al producirse la independencia de Europa, es testigo

26 Hardoy, J. E.: "El proceso de urbanización", *Ob. cit.*, pp. 54 y 55.

27 Una cuestión de vital importancia que no logró solución con las nuevas repúblicas fue el problema de la población indígena o el de la población negra en aquellas regiones donde tuvo una presencia decisiva, con sus implicaciones económicas, sociales, culturales. Incluso, son connotadas las posiciones de individuos como Sarmiento, promotor de una política inmigratoria de "blanqueamiento".



de expresiones propias. Otros, al contrario, ven en la negación de valores establecidos durante la etapa colonial como reacción antihispánica, la pérdida de continuidad con una cultura apropiada ante las nuevas influencias europeas, de moda en ese momento, que son asimiladas de modo indiscriminado por las oligarquías nacionales. Como diría Martí, "Ya no es Tenochtitlán... la que pasea en las plazas de México,...es París quien pasea, refinado y airoso, por aquellas alamedas de follaje opulento..."²⁹

La recuperación de componentes decorativos de la arquitectura colonial dentro del eclecticismo, tiene varias fuentes: una, cierta obsolescencia de los códigos clásicos o historicistas al perder su contenido de clase con la difusión de los códigos eclécticos y ciertos sectores aristocráticos asumir los coloniales como expresión de dignidad ancestral; otra, de signo más progresista se vincula con la ideología de algunos sectores intelectuales que buscan las raíces de la cultura americana; y finalmente, la debida a las relaciones de los países latinoamericanos con Estados Unidos, en la medida en que este promueve un "acercamiento cultural", utilizando para sus inversiones en distintos lugares de América Latina y el Caribe esos códigos, en una versión edulcorada procedente fundamentalmente de California.³⁰ En los dos primeros casos

se alternan variantes que toman elementos de la propia historia colonial, dando prioridad al siglo XVIII, y las que van a buscar referencias a la arquitectura hispana, especialmente andaluza. También la revalorización de lo hispano o lo colonial estuvo acompañada de la opción indigenista ya citada.³¹ Aunque es un tipo de arquitectura que puede ser catalogada de superficial por asumir estos componentes de la cultura del pasado con un sentido pintoresquista o historicista, representa un cambio en la aplicación de las normas academicistas, implica en cierto modo el inicio de la relación entre la arquitectura profesional y la vernácula y es un primer intento de búsqueda de raíces, al acercarse a los valores arquitectónicos de la historia propia.

Paralelamente, se produce un movimiento importante que abre la valorización de las particularidades de la arquitectura colonial y prehispánica. Un grupo de investigadores se da a la tarea de documentar y clasificar estas arquitecturas. Entre los más conocidos se pueden citar: Mario Buschiazzo, Angel Guido, George Kubler, Ignacio Marquina, Martín Noel, Erwin Walter Palm, Héctor Velarde, Joaquín Weiss, quienes se pueden considerar fundadores de una historiografía de la arquitectura en América Latina. Sin dudas, se producirá una interrelación entre los resultados de estos estudios y la utilización de elementos arquitectónicos del pasado.

28 Gutiérrez, R.: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Ed. Cátedra, Madrid, 1983, p. 402.

29 Martí, J.: "Discurso en honor a México", en *Obras completas*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975, T. VII, p. 66.

30 Segre, R.: *La arquitectura moderna en América Latina*, La Habana, 1989, p. 31.

31 Varios pabellones de la Exposición de Sevilla de 1929 fueron una muestra de estas tendencias, como el pabellón neocolonial cubano o el de México en estilo neozteca.



Desde mediados de la década del 20, la divulgación en América Latina de ideas del Movimiento Moderno a través de revistas o por arquitectos que visitan o provienen de Europa, no elimina el debate en torno al rescate de los lenguajes nacionales: neocolonial, neoazteca, neomaya o neoinca, presente hasta los años 30 y 40, a cuyo término se inicia realmente una reelaboración del repertorio moderno en función de adecuarlo a condiciones locales, y las décadas 50 y 60 son tal vez las que muestren un conjunto de obras representativas de esa reinterpretación. Ya no se trata de usar elementos decorativos de etapas pasadas, sino de hallar soluciones adecuadas a las características del clima, del aprovechamiento de la luz como recurso de diseño, de una relación física y simbólica con el paisaje circundante, de reinterpretar soluciones válidas en cuanto al uso del color, de la volumetría tradicional en algunas regiones. En este camino se mencionan con frecuencia las obras de arquitectos como Lucio Costa, el primer Niemeyer, Juan O'Gorman, Luis Barragán, Carlos Raúl Villanueva, Mario Románach, Claudio Caveri, Ramírez Vázquez, Eladio Dieste. Otros más recientes como Abraham Zabludovsky, Teodoro González de León, Ricardo Legorreta, que interpretan de diferente forma a Barragán; Rogelio Salmona y su justo equilibrio entre tradición y contemporaneidad; el empleo del ladrillo por su seguidor Banderas Vela; El colombiano Germán Samper; los aportes de Lelé Figueiras o Fruto Vivas en una arquitectura de amplia dimensión social; las búsquedas de Bruno Stagno por una arquitectura tropical; las propuestas de Oscar Imbert con el empleo de la

palma cana; el diverso uso de materiales y colores de José Choy; la Universidad Libre del Medio Ambiente o el Teatro de Arame de Domingos Bongestabs; en fin un grupo de obras y arquitectos, considerados paradigmáticos por unos u otros críticos, como expresivas de una identificación con valores de la cultura de sus respectivas regiones.

Si bien en la arquitectura moderna en América se reconocen dos vertientes: la identificación del nuevo repertorio con posiciones políticas progresistas o su asimilación como una renovación estilística,³² los resultados desde el punto de vista del manejo de los códigos formales se caracterizan, en los ejemplos citados y en muchos otros por la vitalidad expresiva, de manera que no es posible escribir la historia del Movimiento Moderno al margen de lo que sucedió en el subcontinente. El término **modernidad apropiada**³³ apunta precisamente a ese proceso, que desborda la propia modernidad.

Los logros alcanzados en estas décadas abrirán sin dudas un espacio de afirmación a escala internacional de la calidad de la arquitectura latinoamericana que busca esas relaciones con el contexto. Es un camino abierto también a la posibilidad de asimilar las tendencias posmodernas, contextualistas o del denominado regionalismo crítico, apreciadas por algunos como válvula de escape frente al esquematismo especulativo inherente a la exten-

32. *Ibidem*, p. 55.

33 Fernández Cox, C.: "Hacia una modernidad apropiada: obstáculos y tareas internas", en Toca, A. (ed): Nueva arquitectura



sión del "estilo internacional". Sin dudas los criterios de Frampton –o de Alexander Tzonis y Liane Lafavre– sobre el regionalismo crítico,³⁴ responden al imperativo de la crítica para calificar aquellas arquitecturas que no encajaban totalmente en la línea evolutiva de las corrientes o modas internacionales. Las críticas que generó esta nueva clasificación por varios latinoamericanos y españoles, demuestran que la "periferia" se niega a seguir acatando las "etiquetas" impuestas por la cultura emanada de los centros metropolitanos.³⁵

Las valoraciones acerca de la identidad

Aun cuando es evidente que el sentido de identidad en la arquitectura se le entiende de manera muy diversa, la valoración de la producida en América Latina con vistas a determinar sus particularidades en relación con la de otros sitios, comienza a tomar fuerza y profundidad a partir de la década del sesenta, cuando una nueva hornada de historiadores, críticos y teóricos de la arquitectura, influidos por el Movimiento Moderno y las nuevas direcciones en la crítica, estudian las manifestaciones latinoamericanas. Varios de ellos inician su labor teórica o historiográfica con antelación al pe-

ríodo citado, y las propias contingencias de la práctica arquitectónica de los sesenta, condicionan que ese momento sea testigo de nuevas ideas. Desde Villagrán García, Enrico Tedeschi, o Max Cetto, hasta Damián Bayón, Francisco Bullrich, Marina Waissman, Graziano Gasparini, Eugenio Pérez Montás, Alberto Saldarriaga Roa, Jorge Enrique Hardoy; y una siguiente generación que en general enfoca la historia de la arquitectura con un sentido instrumental, con el objetivo de enjuiciar los problemas, no solo desde el punto de vista teórico, sino con el propósito de propiciar su transformación, de ella pueden citarse: Ramón Gutiérrez, Juan Molina y Vedia, Francisco Liernur, Alberto Petrina, Mariano Arana, Rafael López Rangel, Antonio Toca, Ernesto Alva, Ramón Vargas Salguero, Roberto Segre, Fernando Salinas, Enrique Browne, Ruth Verde, Marta Schteingart, Wiley Ludeña, Cristian Fernández Cox, Silvia Arango y otros más.³⁶

Uno de los temas que da lugar a fuertes debates es el que gira en torno a la validez de términos como "barroco americano", o "arquitectura mestiza", en cierto modo centro de la agenda del congreso de historiadores de la arquitectura, realizado en Caracas a fines de los sesenta, al tiempo que se considera la posibilidad de buscar nuevas categorías críticas que se adecuaran a las particularidades

en América Latina: presente y futuro, México, 1990; Browne, E.: Otra arquitectura en América Latina, México, 1989.

34 Frampton, K.: "Towards a Critical Regionalism: Six Points for an Architecture of Resistance", en Foster, H. (ed.): The Anti-Aesthetic: Essays on Post-Modern Culture, New York, 1983, pp.16- 30.

35 Ver: de Solá-Morales, I.: "Identidad y diferencia. Regionalización versus regionalismo", en Memorias del Tercer Seminario de Arquitectura y Urbanismo de América Latina y el Caribe "Erwin Walter Palm", Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1997, pp. 41-51.

36 Para una visión más amplia de las vertientes de la crítica ver Segre, R.: América Latina, fin de milenio..., pp. 12-26. Ver además: Ramos, J.: "El debate teórico de la arquitectura latinoamericana en los congresos internacionales", en: López Rangel R. y R. Segre: Ambiente y sociedad en América Latina contemporánea, Casa de Las Américas, La Habana, 1985.



de la arquitectura latinoamericana. La importancia de este debate se debe a la primacía otorgada a esta arquitectura como expresión de lo propio americano. Chueca Goitia, al aplicar a la arquitectura hispanoamericana, con dos décadas de diferencia, el método empleado en *Invariantes castizas de la arquitectura española* (1947), argumenta que ni la pre-hispánica, ni la del siglo XIX, ni la moderna son representativas de la región: la primera por ser un fenómeno arqueológico, la segunda porque no tiene características propias, y la tercera por "...su carácter, esencialmente internacional..." y "...la arquitectura que representa a Hispanoamérica en su formidable unidad es la que se produjo en los siglos XVI, y sobre todo, XVII y XVIII." Equipara además la arquitectura española y la colonial hispanoamericana, conceptuando esta última como "más española". Niega entonces la existencia de una arquitectura mestiza, a la vez que identifica la sensibilidad de los pueblos indígenas con el mudéjarismo, que pasa a ser "una constante, una invariante" en la hispanoamericana.³⁷ Del mudéjarismo se han hecho eco otros autores, como Prat Puig al analizar la arquitectura cubana, extendido por Alicia García a la vivienda del Caribe y de otras áreas donde los vínculos con lo mudéjar es mucho más patente, a diferencia de Chueca Goitia que centra su análisis sobre todo en las iglesias. Bayón encuentra similitudes entre la decoración

mudéjar de lacerías y polígonos estrellados y la de los mayas o los incas.³⁸

Para Gasparini es absurdo hablar de "barroco americano" o de "sensibilidad indígena" pues la llamada arquitectura mestiza y popular no es más que "...manifestaciones periféricas, que nunca superan el nivel de la expresión dialectal." No considera que exista después de la conquista, una arquitectura que pueda llamarse propia, pues se "...pierde autonomía y se vuelve una manifestación de dependencia.", pues...lo que en definitiva marca su fisonomía son las normas estéticas imperantes, y esas son las mismas para toda la América hispana: las de Europa.³⁹ Según Petrina, "nuestro barroco" es "...mestizo, indiano, en el cual la voluntad de sobrevivencia de una raza atormentada se hace presente y disputa su lugar con la fuerza imprevista con que una raíz aérea agrieta las piedras y florece entre ellas." Su conclusión acerca de la identidad de la arquitectura latinoamericana se basa en que es propia, en tanto constituye una "transgresión de las normas."⁴⁰

Notable es que la mayor parte de estas opiniones tienen como eje central los aspectos de la expresión arquitectónica, frente a cierta toma de conciencia acerca de las contradicciones existentes en América Latina y de su reflejo en el territorio y en la arquitectura, planteadas ya por Fernando Salinas en 1963, en ocasión del el VI Congreso Mun-

38 Bayón, D.: "L'Art de l'Amérique Latine. Essai de definition", Diógenes, No. 43, Santiago de Chile, 1963, p. 109.

39 Gasparini, G.: Op. cit., pp. 150-151 y 167-168.

37 Chueca Goitia, F.: Op. cit. pp. 81-88.



dial de la UIA celebrado en La Habana, ideas que servirían de base para su ensayo "La arquitectura revolucionaria del Tercer Mundo";⁴¹ enfoque donde el problema de la identidad se relaciona con la solución de las necesidades de la población, y las condiciones existentes en el lugar. En semejante dirección apuntan los criterios de López Rangel y Vargas Salguero,⁴² y en ella se mantuvieron varios de los eventos más importantes realizados durante los años setenta.⁴³ Después se han realizado numerosos encuentros en América Latina y el Caribe que tienen como centro el tema de la identidad, entre ellos precisamente los Seminarios de Arquitectura Latinoamericana celebrados desde 1985 en diferentes países, incluyendo los que enfocan la región caribeña y centroamericana. Paralelamente la organización de Bienales de Arquitectura que, además de mostrar la producción actualizada, también han servido de marco para debates teóricos. Los planteamientos formulados en estos debates muestran los diferentes puntos de vista, algunos de ellos dados a conocer en revistas latinoamericanas y varios aparecen en las recopilaciones y

estudios realizados por Antonio Toca, Silvia Arango, López Rangel, Roberto Segre y otros.⁴⁴

Entre la posición de quienes defienden la modernidad como un factor de progreso por el cual debe luchar América Latina y que se refleja en la profundización de los estudios acerca de los aportes de la arquitectura moderna en la región, y los que otorgan a la posmodernidad la posibilidad de introducir variantes regionales excluidas por la universalidad del Movimiento Moderno, resulta curioso que casi todos coinciden en un grupo semejante de arquitectos a la hora de definir la imagen de lo que sería para ellos una expresión de "identidad". Difieren las perspectivas, por ejemplo, de Fruto Vivas, de Rodolfo Livingston, o Carlos González Lobo, cuya actividad los ha llevado a experimentar con tecnologías y posibilidades de actuación muy vinculadas al sitio de ubicación de la arquitectura y, por tanto, el problema de la identidad ha asumido un sentido práctico, en función de solucionar las necesidades de los usuarios. Por su parte, Segre, piensa que es exagerado la pretensión de definir la existencia de un sistema de formas y de espacios que representan una identidad latinoamericana, haciendo hincapié en el "sitio" como atributo fundamental de esa identidad, y que fundamentarla además en un conjunto de figuras, por muy válidas que estas sean, resulta inadecuado, pues es más importante "...el valor sociocultural de una obra dentro de su contexto y su

40 Petrina, A.: "La arquitectura regional como transgresión", *Arquitectura y Urbanismo*, La Habana, No. 1, 1992, p. 21.

41 Salinas, F.: "La arquitectura Revolucionaria del Tercer Mundo", en: *Ensayos sobre arquitectura e ideología en Cuba Revolucionaria*, La Habana, 1970, p.18.

42 López Rangel, R. y R. Vargas Salguero: "La crisis actual de la arquitectura latinoamericana", en Segre, R. et al.: *América Latina...Op. cit.*, pp. 186-203. o de Rangel: *Contribución a la visión crítica de la arquitectura*, Puebla, 1977, entre otros títulos.

43 Ramos, J.: "El debate teórico de la arquitectura latinoamericana en los congresos internacionales", en: López Rangel R. y R. Segre: *Ob. Cit.*, p. 171.

44 Ver, por ejemplo: Toca, A.: *Nueva arquitectura en América Latina: presente y futuro*, México 1990; y Arango, Silvia: *Modernidad y posmodernidad en América Latina*, Bogotá 1991.



capacidad de transformación de los valores de ese medio con el fin de lograr una mejora del nivel de vida, de las condiciones ambientales, de la educación, de las relaciones humanas de una comunidad determinada."⁴⁵ Hoy el debate es más complejo, en la medida que la arquitectura y la ciudad debe enfrentar cada día retos asimismo más complejos.

Si América Latina puede exhibir construcciones a la última moda, con materiales y tecnologías tan sofisticadas como las del primer mundo, ello puede demostrar que somos capaces de imitar casi a la perfección. De otra, existen los paradigmas locales, calificados como buenos y hasta magníficos ejemplos de una arquitectura consecuente con las condiciones culturales y ecológicas del contexto, reconocidas en su carácter representativo de la latinoamericanidad. Pero, al fin y al cabo, ambos casos resultan paradigmas alejados del ambiente cotidiano del hombre común de nuestras tierras. Entre este nivel paradigmático y las construcciones con mínimos recursos que realiza gran parte de la población, se encuentra un sinnúmero de alternativas de diversa calidad y que constituyen la fuente y resultado del trabajo de la mayoría de los arquitectos. Este sector, así como la arquitectura popular, deben ser objeto de mayor atención, así como los vínculos que existen entre la arquitectura profesional y la popular, considerada con frecuencia como base de una expresión identitaria, por responder de un modo fehaciente a las necesidades de quienes la van a habitar y a los recursos y materiales

del sitio en el cual nace, sin embargo, la reactivación de los valores contenidos en la arquitectura popular solo es posible cuando los portadores de esta cultura tengan capacidad para actuar y decidir sobre sus elementos culturales.

Frente a la globalización: promover el sentido de identidad en el imaginario colectivo

El fenómeno de la globalización con sus formas de dominación; por la ausencia de planificación y la no territorialidad de los recursos; limita la gobernabilidad de las instancias locales y hasta nacionales frente a la gobernabilidad del dinero, induciendo la disminución del financiamiento público para programas de vivienda y servicios, dejándolos en manos privadas o de las ONGs, con la lógica afectación económica de la sociedad en su conjunto, el deterioro y pérdida de calidad del medio construido y la situación deficitaria en el ambiente de vida de los grupos sociales de pocos recursos, junto al incremento de los impactos negativos en el medio ambiente y las agresiones al patrimonio natural o construido en las ciudades, incide además en la reducción del monto de trabajo del arquitecto, en lo que también influye la organización profesional.

Una posible salida es potenciar la dimensión cultural de la ciudad frente a una globalización no deseada, reconociendo la influencia de los discursos socioculturales en el imaginario colectivo y en los procesos de construcción del sentido de identi-

45 Segre, R.: La arquitectura moderna en América Latina, Op.



dad, entendido este último como “...representación simbólica del mundo social en relación con nosotros mismos o a los otros...”, en tanto constituye “...un sistema de relaciones y representaciones resultantes de las interacciones, negociaciones e intercambios materiales y simbólicos conscientes de sujetos social e históricamente situados.” Las identidades “...pertenecen al mundo de las representaciones... apreciadas como un “...complejo sistema de percepciones –imaginarios, nociones, acciones, significados, significaciones y sentidos– que mueven la praxis humana, la acción social...”⁴⁶

Los equívocos en relación con la identidad torna necesario definir factores fundamentales que permitan acercarse a un reconocimiento de cómo se expresa el sentido de identidad en el espacio físico, partiendo de la especificidad de la ciudad y la arquitectura como fenómenos socioculturales. En primer lugar es imprescindible una visión dialéctica de los procesos de construcción de la identidad y su dimensión espacio-temporal, como resultado de la interacción entre tradición e innovación, y la capacidad de cada etapa para generar nuevos componentes de identificación, de acuerdo con las posibles variaciones inherentes a las formas (permanentes y cambiantes) de ser y de pensar de una comunidad social vinculada a un determinado lugar, en tanto la ciudad asimila las huellas superpuestas, entrelazadas y decantadas históricamente derivadas de las acciones de distintas generaciones

y grupos sociales que van conformando y condicionando los símbolos de identidad urbana: las distintas zonas ciudad van adquiriendo valores para quienes las habitan, según las relaciones entre uso y significado, la respuesta que brinden a sus necesidades y expectativas, sus cualidades expresivas y de estructuración, su accesibilidad, etcétera.

Ese concepto dialéctico debe igualmente tener en cuenta que el calificativo de cultural de los procesos identitarios debe a que su expresión fundamental se verifica a través de las prácticas culturales, pero que no es posible despojarla de sus diversas dimensiones: sociopolíticas y geográficas; socioeconómicas; socioculturales: antropológico-culturales, sicosociales y estético-formales; de ahí los vínculos con modos de vida nacionales, regionales o locales y con el carácter colectivo de los habitantes del sitio y su relación con aquellas clases o grupos portadores de valores integrativos de la identidad en un contexto histórico-concreto; la existencia de rasgos relativamente homogéneos en un determinado territorio, o que alcancen amplios niveles de significación para una comunidad; la base de la identidad vinculada a soluciones esenciales que sobrepasen las manifestaciones estilísticas particulares, derivadas de un orden estético-sociocultural más general y con capacidad de manifestarse en el ambiente construido de distintas clases y grupos sociales, y asimilar variaciones en cuanto a recursos, materiales y tratamiento de diseño. Debe incluirse la adecuación a las características del medio ecológico-paisajístico y climático del lugar, a las condiciones generales y recursos del sitio; tener en cuenta el enclave de la ciudad,

46 Patricio Guerrero Arias: *Usurpación simbólica, identidad y poder*, Ediciones Abya-Yala-Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2002, p. 100.



los vínculos territoriales –económicos, funcionales, de accesibilidad– y la relación entre ambiente natural y artificial, y cómo se expresan en la forma de la ciudad.

En el ámbito urbano, la percepción de la morfología de la ciudad, las características del tejido urbano, como se van componiendo los diferentes tipos de trazado y su relación con el perfil urbano y su evolución en el tiempo en la medida que aparecen otras zonas o las modificaciones que sufren el trazado y el perfil de zonas antiguas, así como las causas que condicionan esos cambios. De igual modo deberá estudiarse la expresión de la organización de las funciones, en términos de significación y no solo los cambios de funciones, pues interesa más cómo estos son percibidos por quienes usan la ciudad. Asimismo la expresión de la centralidad a través de los espacios públicos y semi-públicos y de las edificaciones contenedoras de actividades de servicios relacionadas con esas funciones.

En la lectura de los significados del ambiente construido, la articulación entre componentes como parte del diseño del paisaje urbano desempeña un papel clave, pues a través de los recursos de diseño se organiza la visualidad de la ciudad: Los recorridos, los elementos que caracterizan las perspectivas e inflexiones de los ejes viales y otros espacios libres, las secuencias visuales, las continuidades o rupturas en el espacio urbano a partir del carácter de los distintos componentes que lo definen, los cambios de niveles, cambios en la cualidad de los espacios. Para ello es importante profundizar en el diseño de los componentes singulares ur-

banos, los hitos urbanos, los puntos focales, que pueden estar constituidos por edificaciones, por elementos escultóricos, u otros, y de la intervención de elementos gráficos, del mobiliario urbano, etcétera. La particularización en el diseño de los elementos de determinación espacial a partir de las relaciones entre vacíos y llenos, los cierres reales o virtuales, etcétera, ayuda a precisar los vínculos entre exterior e interior, o sea, entre espacio urbano y arquitectura, entre público o privado –ámbitos que cobran una importancia especial en el marco de los significados–, lo cual contribuye al caracterizar la arquitectura urbana, tanto aquellos edificios significativos como los que forman la trama de la ciudad. Ese análisis de las características de la arquitectura urbana y el de la morfotipología urbano-arquitectónica constituyen puntos de partida para la percepción de las continuidades y rupturas, de las homogeneidades o puntos de realce que conducen a la lectura diferenciada de los ambientes construidos.

En la escala arquitectónica sería necesario ahondar en el modo en que las edificaciones se insertan en el contexto cercano y las relaciones de semejanza o diferencia con ese contexto y a partir de ello determinar su función compositiva y significativa dentro del mismo, y por tanto, las características compositivas particulares, desde los criterios de composición general hasta los elementos componentes y figuras, las características del volumen arquitectónico y las relaciones entre el volumen y los cierres, así como la composición de los cierres, los cuales desempeñan un papel clave en la conexión entre interior y exterior y en la propia ex-



presión del edificio y, por lo mismo, piedra angular en la detección de los significados, en tanto el interior desempeña un papel fundamental en el uso, en la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de las personas a quienes va dirigida la arquitectura.

Pero estos aspectos tratan del ámbito físico. No es posible investigar cómo se va construyendo en un determinado lugar el imaginario colectivo sin incluir la dimensión social. Interesan especialmente las relaciones sociales establecidas entre los miembros de esa comunidad en las diferentes actividades que realiza como parte de su reproducción directa y ampliada: desde las actividades económicas hasta los rituales religiosos, las costumbres y las festividades, las manifestaciones políticas y las formas de comprar, en fin, todas esas prácticas socioculturales que han sido incluidas dentro del término **patrimonio intangible**.

De igual modo son importantes las particularidades de los sujetos que integran la comunidad usuaria –el conjunto de valores de sus miembros, el tiempo de vida en un sitio, el haber participado en su conformación, las diferentes vivencias que posibilitan desarrollar en el sujeto una determinada sensibilidad hacia el ambiente, la comunidad de intereses o no entre los individuos que habitan en un mismo lugar, los patrones de comportamiento social semejantes o divergentes, la personalidad de los individuos o sus problemas cotidianos–; también interviene el desarrollo global de la cultura ambiental, si se ha llamado la atención hacia los valores de un determinado entorno y el grado de divulgación que han tenido, lo que a su vez condi-

ciona la capacidad y posibilidad de lectura de los ambientes urbano-arquitectónicos. En fin, los vínculos con las formas de vida locales, con el carácter sicosocial colectivo de los habitantes del sitio y su definición como grupos portadores de valores integrativos de la identidad en un contexto histórico-concreto. Sólo así podremos comenzar a conocer el sistema de valores que se articulan en el imaginario cotidiano como base del sentido de identidad que tiene como referente esencial los lugares urbano-arquitectónicos.

El imaginario colectivo alude a determinados significados compartidos en dependencia del entendimiento del entorno que tenga una comunidad, manifestadas en nociones de representación del entorno, que abarcan desde lo más amplio hasta lo más particular. En tal sentido puede aceptarse el ordenamiento de Saldarriaga Roa en territorio colectivo-territorio individual; espacio común- espacio privado; edificación-signos distintivos.⁴⁷ Interesa analizar cómo su percepción influye en determinadas pautas de actuación en el espacio urbano y constituyen una base esencial de articulación del imaginario colectivo. Primeramente, la capacidad de orientación en el espacio y posibilidad de referenciarlo, ubicando a las personas: les permite movilizarse, reconocer y encontrar diferentes lugares; después las pautas de apropiación territorial con el reconocimiento del dominio espacial propio y ajeno que contienen “...nociones de lími-

47 Saldarriaga Roa, A.: *Arquitectura para todos los días. La práctica cultural de la arquitectura*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1988, pp. 69-70.



tes territoriales colectivos e individuales; las pautas de derecho de interacción –las fronteras entre lo público y lo privado y entre la observación y la participación–; pautas de habitación, definen las expectativas y preferencias de adecuación de lugares para establecerse, permanecer y desarrollar las diferentes actividades de la existencia; capacidad de identificación e interpretación de las imágenes espaciales y de sus significados, de su organización y de sus pautas reguladoras.⁴⁸ El concepto de imaginario colectivo tiene su fundamento en el conjunto costumbres y prácticas culturales cuyos atributos, rasgos y características, se transmiten a través del diálogo transgeneracional histórico. En la medida en que esas prácticas culturales se desarrollan en un espacio concreto, sus rasgos, formas de uso y valores también forman parte de esa información transmitida entre generaciones. Todo ello forma deriva en una “visión” o “modelo mental” colectivo”, que al irse sedimentando y decantando con el tiempo va estructurando una memoria histórica que es la base del sentido de identidad. Los estudios relacionados con ese imaginario a escala urbana se han incrementado en la medida de la comprensión de su papel en el sentido de la identidad.⁴⁹

De manera que los parámetros arriba planteados constituyen una vía para alcanzar un espacio construido en el que la expresión de la identidad

cultural no sea una entelequia inventada por arquitectos, sino una expresión auténtica de las formas de ser y de pensar de quienes habitan y usan esos espacios como parte de su vida y de una intención de lograr que sean significativos para ellos. Así, reforzando el sentido de identidad, se podría lograr un antídoto –según el pensamiento de vanguardia que aprecia los procesos desde nuestra óptica– contra la globalización no deseada: una imagen de desarrollo que nos es ajena. Estas intervenciones deben estar acompañadas de programas de educación ciudadana y constituir un factor importante en la formación profesional, de manera que se logre un consenso sobre aquellos valores que, compartidos por la población, profesionales y los diferentes actores urbanos, sean realmente reconocidos como propios: base de la identidad colectiva de una comunidad humana.

48 *Ibid.*, pp. 75 y 76.

49 Ver, por ejemplo: Schicci, M. C. y D. Benfatti (Coord.): *Urbanismo: Dossiê São Paulo-Rio de Janeiro, Oculum Ensaios*,

Campinas-Rio de Janeiro, 2003, o Gómez, F y otros: *Aprendiendo de La Habana*, Junta de Andalucía, , 2004